

SE SUSCRIBE
Cartagena despacho de
Liberato Montells.
Provincias correspondientes
A. Saavedra.

ELECO DE CARTAGENA.

PRECIOS.
Cartagena un mes 2 ptes
trimestre 6 id. Provin-
cias 750. Anuncios y co-
municados á precios con-
vencionales.

AÑO XX.—NÚM. 5801

2 DE OCTUBRE DE 1880.

REDACCION, MAYOR 24.



DON JACINTO MARTINEZ Y MARTÍ,

falleció el día 5 de Octubre de 1879.

Todas las misas que en el día cinco del mes actual, se celebren en la Iglesia de Santa María de Gracia, serán aplicadas por el eterno descanso de su alma.

Su familia ruega á sus amigos se sirvan encomendarle á Dios.

EL ECO DE CARTAGENA.

Sábado 2 de Octubre de 1880.

OTRO BIENVENGUD.

(Conclusion)

—Hoy deben llegar las barcas, se avisó que ha tenido la ciudad uno de los guardas de Castillo.

—Y dicen que traen el bergantín apresado.

—Si, pero no los moros; estos, los han puesto á disposicion del Marques de los Velez.

—Eso es, para que tengamos otra vez con los que apresó el Capitan D. Nicolás Gari, que aquel queria sacar sayos, siendo así que las caracolas, que hagamos nosotros son nuestras, como declaran los privilegios.

—Y bien ¿cuando llegan?

—Si el terral amaina y salta el viento las espero antes de medio día. Las barcas son muy veleras y pronto recien ensebadas.

—Dicen que la ciudad ha acordado salir en corporacion á recibir al Capitan Bienvendud.

—Y que la plaza le vá á saludar en su entrada; y que repicarán las campanas...

—¡Bien lo merece!

—Treinta y siete años se han cumplido en el mes de Setiembre, que vi salir por esa misma bocana, á fuera, dos barcas bien armadas, y tripuladas por gente valiente, en busca de unas galeotas argelinas que habian echado la suya en tierra por la parte del mar menor, corriéndose hacia el rincon de San Ginés; pero ¡ay! la ventura no quiso ayudarnos en esta ocasion. Las barcas

volvieron tristemente al puerto sin muchos de los que en ellas salieron; las campanas tocaron á muerto, y el panteon de una ilustre familia abrió sus fosas para recibir al cadáver del valiente capitan D. Bartolomé Bienvendud, el bueno que llamaban.

—¡Lástima de caballero!

—¡Que Dios haya amparado su alma!

Ya os lo dije; el nombre de Bienvendud era una garantía de buen éxito. Le conozco bien. Siempre me acordaré del día de la Ascension del año mil quinientos noventa y ocho. Habíase tenido noticia de que un bergantín de moros de quince bancos acababa de apoderarse de la torre de Cope, y que habia cautivado á diez y seis cristianos. Yo iba en la barca que él montaba, como capitana de las cuatro que salieron á reconquistar aquella fortaleza. é iban de cabos de las otras tres Gabriel de Castro Verde, Miguel Guillen y Diego de Liotor.

—Y que, ¿disteis con el enemigo?

—Si; pues aunque no vimos al bergantín, quiso la fortuna que tropezáramos en la cala del Fraile con una galeota de veintitres bancos bien armada, y tripulada, eso sí, y ligera como una gacela, seria como la madrugada; y hácia ella enderezamos nuestras proas.

—¿Sin esperar al día?

—Para los hombres de cierto temple, las sombras no son obstáculos á sus empeños. El capitan D. Diego Bienvendud, sin duda habria oido decir, ponderando la santidad del día, que el jueves de la Ascension, por no profanarlo ni aun los pájaros trabajaban en sus nidos, y cristiano como caballero, nada quiso dejar que hacer para el siguiente.

—¿Y apresásteis la galeota?

—No; más velera que valiente, lar-

gando todos sus paños, se dió á buscar su salvacion en la fuga, no sin haber experimentado grandes mermas en su equipage, del fuego de nuestra arcabuceria; pero le quitamos un bergantín marchante cargado de mercaderías que habia apresado el día anterior, y tres banderas cristianas que los turcos llevaban como trofeo de sus victorias.

—¿Y la torre?

También cayó en nuestro poder. Cuando el sol asomó por esos montes ya ondeaba en ella la bandera cristiana: torre y aguas habian entrado de nuevo en el dominio del rey. ¡Siempre me acordaré del día de la Ascension!

—Y dicen, tío Rosell, que el capitan Bienvendud es muy devoto de la virgen morena.

—Como buen cartagenero. El fué uno de los que formaban el lucido cortejo que la acompañó desde esta ribera, donde la trajo nuestra buena suerte, á la iglesia mayor. ¡Que día aquel, y cuanto gozó el bueno de mi padre!

—Ya lo creo: como que era su virgen.

Estas eran las conversaciones que se oían entre los arraezes y pescadores que se hallaban sentados á reoso de sus barcas en espera del primer rayo del sol, la mañana de cinco de Enero de mil seiscientos once, allá por la parte de los Antigones, á donde por razon de policia se les habia hecho trasladar su acachadero, que antes tuvieron en el arenal (1).

La poblacion madrugó más que de ordinario, atraída por la novedad y á medida que avanzaba el día se fué coronando de gentes las alturas y toda la ribera.

El primer grupo lo constituia el amor, y era el más avanzado en la punta del muelle de San Leandro. Allí los padres, las esposas, los hijos y deudos de los expedicionarios haciéndose todo ojos mirando á la entrada del puerto. Otros padres, otras esposas y otros hijos lloraban triste duelo en el pobre hogar donde ántes reinara la alegría. ¡Contrastes humanos!

Brillaba el sol ya en su zénit cuando por la punta del O. se vió asomar una vela; despues otra, y luego otra. ¡Ya están ahí! fué la voz que resonó por todas partes; y se mandó avisar á la iglesia y los artilleros del castillo encendieron las mechas. Los más impacientes salieron á llevar á los valientes marinos el primer saludo de la patria.

[1] Así se llamaba el espacio comprendido desde el muelle principal al de San Leandro, ó sea desde la actual puerta del Muelle al Presidio.

Las naves vencedoras resbalando mansamente por la, apenas, rizada superficie, vinieron á atracar en el muelle de San Leandro, ostentando en sus mástiles las banderas ganadas al enemigo.

Allí el valiente Bienvendud y su gente recibieron el agasajo de la ciudad, representada por una comision de su seno, al mismo tiempo que las campanas dejaban oír sus clamores de alegría, y los cañones del castillo su ronco rebramar. En tanto estimó la ciudad la nueva victoria del capitan Bienvendud.

Fácil es concebir las escenas arrebatadoras de amor y de entusiasmo que tendrian lugar en aquellos momentos en el pequeño muelle y arenal de San Leandro.

Cinco dias despues el Ayuntamiento hizo el siguiente acuerdo. La ciudad dijo: Que por cuanto el Sr. Capitan D. Nicolás Bienvendud de Lizana volvió á esta ciudad de la parte de poniente victorioso con un bergantín de moros á quien embistió é hizo presa en la cala del Hornillo, término de la ciudad de Lorca, cumpliendo en esto y en todo el dicho subceso puntualmente con la orden que esta ciudad le dió, por lo cual se le deben dar las gracias, y esta ciudad desde luego se las dá por haber sido obra de tanto valor, como de su persona se confia y ha confiado, y por qué de tan buenos resultados es bien que se dé noticia á S. M., y á su Consejo de guerra, y á los Sres. Marqueses de los Velez capitan general de este reino, y adelantado, y al Sr. D. Luis Fajardo que hace el oficio de adelantado y Capitan general de este reino, y al señor D. Luis de Godoy y Ponce de Leon corregidor de esta ciudad y las de Murcia y Orihuela y Alicante; y se pida á S. M. haga merced se tenga por servido de este servicio, y le haga merced de honrar al capitan don Nicolás Bienvendud de Lizana. Acordaron también que se procediera á la particion de la cabalgada, entendiéndose en ella como comisarios los regidores Pedro Marques de Rueda y Alonso Cortejo.

D. Nicolás Bienvendud de Lizana, Tauste y Leonés tuvo por compañeros en el Consejo de esta ciudad á D. Diego Bienvendud Rosique, su padre, señor de Hoyamorená y Rami, y á su hijo D. Juan.

Sirvió bien á su patria, defendiéndola y derramando su sangre por ella en las muchas ocasiones en que se hizo necesario. Cuanto fuera su valor en los lances de guerra, á más del hecho tan desaliñadamente referido, pregonado está en el testimonio de nuestro historiador Cascales que asegura haber visto las honrosas certificaciones de sus méritos firmadas de D. Luis Fajardo; capitan general del mar Océano, á cuya ór-